

## ***H. Estévez o la geometría literaria***

### **Por Javier Hernández Velázquez**

Conocí a H. Estévez una noche fría de enero de 2011. Un tiempo en que ambos éramos libres, felices e indocumentados (García Márquez *dixit*) y como el Gran *Gabo* ignorábamos qué tipo de cartas esperaba recibir el coronel, desconocíamos quién diantres era Corina (no me hagan reproducir el apellido), que un Papa pudiera dimitir o una infanta ser imputada. Y, sobre todo, nos echábamos una siesta mientras demolían nuestro estado del bienestar. Tanto ha cambiado el paisaje social, político y económico de estas islas que la librería donde nos conocimos cerró el telón hace más de un año. La noche de autos presentó *Lo que queda en el aire* y nos dejó el rastro de un viento que nos golpea en la cara de nuevo con ...*En el aire queda*.

De cuentos va esta historia. De autores y editores. De un trabajo concienzudo de Ángel Morales, el Dustin Hoffman de las letras canarias, el pequeño gran hombre versátil (editor, escritor, poeta, exjugador de fútbol, bimbache *lover*...) que ha sabido rescatar el género breve desde su editorial Agüere con títulos como *13 gramos de gofio estelar*, *Los días prometidos a la muerte*, *G21 nuevos novelistas canarios*, *Pequeños homenajes* y éste ...*En el aire queda*.

Lograr un correcto anclaje en la literatura de H. Estévez es tarea ardua porque nuestro autor posee el don de un universo literario y un imaginario con impronta. Recomiendo al querido lector que comience la lectura por la contraportada, porque cada pregunta que espolvorea en el aire H. Estévez es el *leitmotiv* inspirador de sus relatos. Dudas que no pretende resolver, porque el objetivo de la arquitectura de su lenguaje no es alcanzar certezas, más bien todo lo contrario, generar la incertidumbre que alimenta el estómago del lector. Porque la geometría literaria de H. Estévez es paradójica. Aprendimos de Euclides que la distancia más corta entre dos puntos era la línea recta. Pero ese no es, necesariamente, el camino que escoge nuestro autor. H. Estévez juega como un prestidigitador a través de un espejo: *Lo que queda en el aire ...En el aire queda...* ¡voilà! Y ya no ves lo que veías, porque el espejo te devuelve los sentimientos transformados, y tus estados de

ánimo se volatilizan en cada relectura. El trayecto narrativo del autor no es de ida y vuelta, más bien son círculos concéntricos, un diálogo interactivo, sin fin, simulando su particular día de La Marmota como en el film de Andie MacDowell y Bill Murray.

Porque el lector, como sus protagonistas, están atrapados en un tiempo que no existe. En el que H. Estévez, como antes Einstein, no creyeron. Y entonces, llegamos al espacio. Al imaginario, al territorio mítico de Lotavia que Pablo H. de la Cruz ha parido después de la lectura de la obra de su progenitor. Lotavia, (como Sildavia) no existe en los mapas, pero Pablo, como otro Pablo en Albanta, nos desvela el secreto pretendiendo que entremos en un mundo de ficción al más puro estilo Stevenson, nacido (¿casualidad?) en Vailima, cerca de Apia, Samoa. Y todos, Joseph Conrad el primero, quisiéramos huir hacia el azul con rumbo a un atolón perdido en los Mares del Sur (*Aute dixit*).

Lotavia es la ficción dentro de la realidad y viceversa. Esa duda, estigma de nuestro autor, es el gran trabajo de sus lectores y la gran potencia de su narrativa. Lotavia es un Paraíso para quienes la miran con los ojos de la inocencia, pero un territorio con muchas posibilidades para los Capitanes Garfios. ¿O no es cierto que la arboleda de Tingo y Erica sobra si se pretende vivir de sol y playa y la tala indiscriminada puede ser fuente de ingresos si se vende la madera a alguna empresa sueca? ¿No es acaso inexplicable que el norte y el sur de Lotavia no estén aún comunicadas por un tren? ¿No se debería hacer prospecciones petrolíferas en la zona de Puerto Pequeño? ¿Y en la ensenada de Tería no es factible ganar terreno al mar? Garfio y sus piratas pueden ver perfectamente la coexistencia pacífica de cuatro administraciones públicas con un Cabildo lotavo, siete consejerías y treinta y un municipios poblados, al menos, por diez mil vecinos imaginarios e inexistentes en cada uno.

H. Estévez husmea en nuestros sueños, nos hace respirar el frescor del Guadiantor, no embarca en un mar, en un barco sin rumbo, en un viaje a ninguna parte, porque el agua es vida, es recuerdo, es camino y es sueño en la memoria de los peces. Y ante todo es desasosiego. Y, hablando de desasosiego, todos los caminos del autor conducen a una mujer. Una mujer que es duda, es riesgo y es sueño. Ahora sabes que las respuestas a todas tus incógnitas están en el aire y en el aire se quedan.

da

Número 159  
Domingo, 23  
de julio  
de 2013

## El perseguidor



Mapa cartográfico de Lotavia.

## H. ESTÉVEZ O LA GEOMETRÍA LITERARIA

JAVIER HERNÁNDEZ VELÁZQUEZ

... *En el aire queda* (Idea-Aguere 2013).

Conocí a H. Estévez una noche fría de enero de 2011. Un tiempo en que ambos éramos libres, felices e indocumentados (García Márquez, *dixit*) y como el Gran Gato ignorábamos qué tipo de cartas esperaba recibir el coronel, desconocíamos quién diantres era Corina (no me hagan reproducir el apellido), que un Papa pudiera dimitir o una infanta ser imputada. Y, sobre todo, nos echábamos una siesta mientras demolían nuestro estado del bienestar. Tanto ha cambiado el paisaje social, político y económico de estas islas que la librería donde nos conocimos cerró el telón hace más de un año. La noche de autos presentó *Lo que queda en el aire* y nos dejó el rastro de un viento que nos golpea en la cara de nuevo con... *En el aire queda*.

De cuentos va esta historia. De autores y editores. De un trabajo concienzudo de Anghel Morales, el Dustin Hoffman de las letras canarias, el pequeño gran hombre versátil (editor, escritor, poeta, exjugador de fútbol, bimboche lover...) que ha sabido rescatar el género breve desde su editorial Aguere con títulos como *13 gramos de gofio estelar*, *Los días prometidos a la*

*Juega como un prestidigitador a través de un espejo: lo que queda en el aire... en el aire queda... ¡voilà! Y ya no ves lo que veías porque el espejo te devuelve los sentimientos transformados, y tus estados de ánimo se volatilizan en cada lectura. El trayecto narrativo del autor no es de ida y vuelta, más bien son círculos concéntricos, un diálogo interactivo, sin fin, simulando su particular día de La Marmota como en el film de Andie MacDowell*

muerte, *G21* nuevas novelistas canarias, *Pequeños hornos* y éste... *En el aire queda*.

Lograr un correcto anclaje en la literatura de H. Estévez es tarea ardua porque nuestro autor posee el don de un universo literario y un imaginario con impronta. Recomiendo al querido lector que comience la lectura por la contraportada, porque cada pregunta que espolvorea en el aire H. Estévez es el leitmotiv inspirador de sus relatos. Dudas que no pretende resolver, porque el objetivo de la arquitectura de su lenguaje no es alcanzar certezas, más bien todo lo contrario, generar la incertidumbre que alimenta el estómago del lector. Porque la geometría literaria de H. Estévez es paradójica. Aprendimos de Euclides que la distancia más corta entre dos puntos era la línea recta. Pero ese no es, necesariamente, el camino que escoge nuestro autor. H. Estévez juega como un prestidigitador a través de un espejo: *Lo que queda en el aire... En el aire queda... ¡voilà!* Y ya no ves lo que veías, porque el espejo te devuelve los sentimientos transformados, y tus estados de ánimo se volatilizan en cada lectura. El trayecto narrativo del autor no es de ida y vuelta, más bien son círculos concéntricos, un diálogo interactivo, sin fin, simulando su particular día de La Marmota como en el film de Andie MacDowell y Bill Murray.

Porque el lector, como sus protagonistas, están atrapados en un tiempo que no existe. En el que H. Estévez, como antes Einstein, no creyeron. Y entonces, llegamos al espacio. Al imaginario, al territorio mítico de Lotavia que Pablo H. de la Cruz ha parido después de la lectura de la obra de su progenitor. Lotavia, (como Sildavia) no existe en los mapas, pero Pablo, como otro Pablo en Albania, nos desvela el secreto pretendiendo que entremos en un mundo de ficción al más puro estilo Stevenson, nacido (¿casualidad?) en Valílima, cerca de Apia, Samoa. Y todos, Joseph Conrad el primero, quisiéramos huir hacia el azul con rumbo a un atolón perdido en los Mares del Sur (Aute dixit).

Lotavia es la ficción dentro de la realidad y viceversa. Esa duda, estigma de nuestro autor, es el gran trabajo de sus lectores y la gran potencia de su narrativa. Lotavia es un Paraíso para quienes la miran con los ojos de la inocencia, pero un territorio con muchas posibilidades para los Capitanes Garfios. ¿O no es cierto que la arboleda de Tingo y Erica sobra si se pretende vivir de sol y playa y la tala indiscriminada puede ser fuente de ingresos si se vende la madera a alguna empresa sueca? ¿No es acaso inexplicable que el norte y el sur de Lotavia no estén aún comunicadas por un tren? ¿No se debería hacer prospecciones petrolíferas en la zona de Puerto Pequeño? ¿Y en la ensenada de Tería no es factible ganar terreno al mar? Garfio y sus piratas pueden ver perfectamente la coexistencia pacífica de cuatro administraciones públicas con un Cabildo lotavo, siete consejerías y treinta y un municipios poblados, al menos, por diez mil vecinos imaginarios e incipientes en cada uno.

H. Estévez husmea en nuestros sueños, nos hace respirar el frescor del Guadianor, nos embarca en un mar, en un barco sin rumbo, en un viaje a ninguna parte, porque el agua es vida, es recuerdo, es camino y es sueño en la memoria de los peces. Y ante todo es desasosiego. Y, hablando de desasosiego, todos los caminos del autor conducen a una mujer. Una mujer que es duda, es riesgo y es sueño. Ahora sabes que la respuesta a todas tus incógnitas están en el aire y en el aire se quedan.